

Sobre la crisis de la universidad

LA Universidad de Buenos Aires inició sus cursos el 8 de abril. Un hecho insólito, motivado en la actitud de uno de los consejeros, que hablaba en representación del estudiantado, originó reacciones diversas que evidencian la crisis de dicha alta casa de estudios.

La universidad latinoamericana ha participado con frecuencia en luchas políticas, consolidando así la realidad de las diversas naciones del continente. Este hecho constituye un importante dato sociológico dentro de la estructuración de nuestros países.

En la Argentina, la Universidad no ha dejado de jugar un papel similar al de sus hermanas de América latina. La actual conformación, empero, de gobierno tripartito, de nuestra universidad, facilita la injerencia de los factores y apetitos políticos en el seno de los medios estudiantiles. Las actitudes en que se fundamenta este gobierno tripartito, rebasan con frecuencia el marco prefijado a la función específicamente subordinada del alumno.

Gravitan hoy dos tendencias entre los propugnadores del sistema tripartito. Mientras unos sostienen la participación de los tres grupos en el gobierno de la Universidad —profesores, egresados, alumnos— pero según una jerarquización dentro de las diversas funciones, otros exigen la participación igualitaria en la conducción de la casa, sin consideración alguna sobre la diferencia de responsabilidades que compete a cada sector. Fácilmente puede observarse la incongruencia pedagógica que tal criterio supone, al advertir que los responsables más directos de la formación universitaria —los profesores— quedan en una situación de evidente inferioridad. Tal situación, por otro lado, ha planteado recientemente un problema agudo y hasta el momento insoluble, en la Facultad de Medicina de la Universidad de La Plata.

La injerencia de los formandos por encima de su órbita específica ya natural, en la misión propia de los formadores, es lo que constituye lo que hemos dado en llamar una monstruosidad pedagógica, porque no puede negarse sin caer en absurdos, que las exigencias técnicas, la conducción de la enseñanza, son misiones que entran de lleno en la función docente.

No pretendemos negar la utilidad de una representación estudiantil en el gobierno universitario. Muy al contrario, ella se convierte en un poderoso instrumento de diálogo y armonía, al existir en los planteos de la conducción un autorizado vocero de las necesidades, inquietudes y esperanzas del auténtico ambiente estudiantil, permanentemente actualizado y en actitud dinámica. Pero tal condición, que ha sido reconocida en todas partes, en nin-

guna de ellas ha sido entendida como elemento nivelador ni en tal situación de poder, que aventaje, como se da, a la acción de los docentes.

Negar el orientador principio de la subordinación en la participación del gobierno, es dar facilidades a la anarquía universitaria y ambientar actitudes como las deploradas en la inauguración de los cursos a que hacemos referencia. Se podrán discutir los límites en que se moverá la acción del estudiantado en la función directiva de la Universidad, pero jamás poner en duda el necesario carácter jerárquico de la misma.

La nivelación de poderes favorece el aprovechamiento de motivos de contenido político, y la acción demagógica de agitadores ante un auditorio a menudo fácilmente conducible por medios hábiles, sensible a las actitudes extremas y difícilmente contenible en un justo medio —características de la edad juvenil—. Anatematizar a personas concretas, presentes y ausentes, realizar una crítica presuntuosa y falsamente exhaustiva del panorama nacional, elogiar a discutidas personalidades del mundo político de latinoamérica afamadas por su inclinación izquierdista y llegar, inclusive, a apoyar enfáticamente a los regímenes manifiestamente comunistas, y todo ello hecho en nombre y representación del estudiantado, es el símbolo de lo que ocurre cuando se desorbitan las diversas responsabilidades en una Universidad. Y en este sentido el escándalo no puede provocar sorpresa.

La Universidad tiene un lugar indiscutible en el quehacer nacional. Pero no siempre el conducto apropiado para ello es el medio estudiantil, sino que muchas veces lo será el *profesorado*, como canal más responsable e idóneo. El fruto de la investigación, del estudio, del análisis detenido de los complejos sociológicos, culturales y humanos del país, el contacto reflexivo con la realidad, todas estas son labores propias e irrenunciables de su trabajo. Pero ellos han de formar un todo con los *educandos*, para quienes la preparación profesional nunca debe estar desarraigada de una misión concreta y de un aporte específico y tangible en el servicio actual a la comunidad nacional. También los *egresados* tienen un lugar destacado en esta conducción, desde el momento en que su vida profesional les permite una apreciación sobre el terreno y desde el punto de vista empírico, de la inadecuación de las normas pedagógicas a las exigencias de la realidad cotidiana.

Todos son aportes necesarios, pero no deben gravitar sobre el medio a que están destinados sin estar regidos por una escala de jerarquización; ni librados a su dinamismo puramente natural, sino que sobre todo debe primar la serena reflexión del profesor para discernir con claridad y luego eliminar los aportes derivados de intereses mezquinos, de acomodaciones inadecuadas o de perspectivas esterilizantes. Todas las ventajas del gobierno tripartito sólo se mantienen si se encuentran respaldadas por la responsabilidad de los docentes. Es un lugar jerárquico que les corresponde por su misma circunstancia vocacional.

Lo cierto es, empero, que hoy día nuestra Universidad no ha encontrado la fórmula equilibrante en la función gubernativa. El observador común no puede sino mirar aprensivamente a una institución en continua inestabilidad

que no pierde lamentablemente el carácter de un problema post-revolucionario no resuelto, y como tal, demasiado vinculado al agitado y turbio problema político e institucional del país. Un ejemplo lo constituye el hecho de que en los planteos que han menudeado últimamente frente a la más alta autoridad política de parte de influyentes grupos de presión, la situación de la Universidad ha ocupado lugar privilegiado.

Si un enjuiciamiento al país con el carácter negativista con que se ha realizado es ya de por sí una cosa inadmisible, mucho más lo es que ese mismo estudiante, discutido por sus mismos compañeros y por tanto con una representatividad más que relativa, se permita panegirizar al régimen comunista y hasta hacer una profesión de fe en tal sentido, rompiendo los límites mismos de un acto académico y provocando la retirada del mismo de numerosos profesores y egresados y hasta del decano de una Facultad.

El país está en estos momentos, justamente preocupado por la penetración comunista y unificado en la necesidad de defender frente a él los derechos de la persona y los principios de la libertad. Y he aquí que un alumno universitario se cree en el derecho de abrir una brecha en este frente asumiendo abusivamente una representatividad arbitraria, y comprometiéndola en la defensa de una ideología que no merece ya calificación. El mismo rector de la Universidad ha debido reconocer, en la reunión del Consejo que siguió a este desgraciado incidente, que *"las inexactitudes y otras consideraciones que ha hecho el señor consejero Kleiner desacreditan la representación estudiantil y la participación de los estudiantes en el gobierno universitario."*

Es explicable la actitud del señor Rector, desde que ya no es ningún secreto que las manifestaciones que se deploran no son fruto de un acto aislado de un orador descontrolado, sino que están enlazadas con una mentalidad, la fomentada por ciertos grupos estudiantiles que se están formando en tendencias antidemocráticas y antinacionales, que en el lenguaje demagógico conocido, se emparentan con una falsa posición de avanzada a la que no pocos no se atreven a desafiar.

No es con una pasividad contemplativa ni con meras declaraciones a la manera bizantinista como las que caracterizaron la opinión del decano de la Facultad de Filosofía y Letras, con lo que se pondrá solución a problemas como los que se han descubierto en esta ocasión. Si a la vez que se repudian los hechos desbordados, se proclama que *"somos contrarios a cualquier censura previa o a posteriori de quienes actúen en nuestra Universidad"*, nos preguntamos qué recursos quedan entonces para hacer respetar los reglamentos de la casa o cómo puede evitarse la demasiado conocida política de "los hechos consumados".

No cabe pasividad frente a la violación de los principios establecidos, a no ser que esa pasividad sea cómplice e instrumento de la misma violación. Es menester internarse y profundizar por encima y por debajo de los hechos anecdóticos.

En el trasfondo de esta actitud, ¿acaso no se deja traslucir la concepción falsa por la que se coloca a la Universidad por encima de toda crítica

y se acentúa su autonomía hasta conferirle poderes casi intangibles a la manera de los que se conceden a la inmunidad diplomática o legislativa? La Universidad se convertiría así en un Estado dentro del Estado, en una superación dentro de la comunidad nacional. Planteo ideológico tanto más condenable cuanto que se aleja indefinidamente de todos los ejes sobre los que se pretende erigir ideológicamente el basamento de nuestro estilo de vida republicano. ¿No tendríamos que dar valor, en este caso, a las afirmaciones que en estos días han registrado los periódicos, sobre los que *"desconociendo la raíz profundamente religiosa y nacional de nuestro pueblo pretenden en beneficio de apetitos ideológicos y no pocas veces monetarios, desterrar de nuestro país lo honorable, lo digno, lo elevado, procediendo a la destrucción y enfrentamiento de nuestras instituciones básicas, como lo demuestran los acontecimientos..."*?

La Universidad no puede educar en una ideología radicalmente opuesta a la esencia nacional, como es el marxismo, sino en las esencias y tradiciones que hacen a nuestra circunstancia espiritual, producto de las voluntades aünadas en una misma concepción vital y en un mismo propósito de misión. Debe, es cierto, proveer a sus alumnos de una formación para lo político, porque la política es la ciencia del ciudadano y la construcción de la ciudad una tarea común.

Pero educar *en la política* es una de las fuentes de desobjetivización tanto de los planteos técnicos como de los políticos. Hay que educar *para la política* pero no *en la política*. Los hechos como los que comentamos, desequilibran desmesuradamente los fundamentos de esta misión, y constituyen un atentado ante el que es menester adoptar actitudes definidas.

Desleídas sanciones morales parecerían indicar oscuras connivencias con ideologías rechazadas por la estructura misma del país. Cuando con el pretexto de utilizar la libertad de palabra se la convierte en un instrumento de la asfixia de toda libertad, con la excusa de evitar discriminaciones se las defiende, y con la pretendida amplitud mental sólo se consigue orientar la enseñanza o por lo menos la efectividad de la gente hacia la socavación de las tradiciones nacionales, entonces parece llegado el momento de confesar la presencia de un verdadero "sitio" ideológico mucho más peligrosos para el país que cien divisiones militares en su territorio.

La responsabilidad que emerge de un tal estado de cosas no puede ser compartida indiscriminadamente, sino asumida en primer lugar por los directores responsables de la organización universitaria. Muchas de estas situaciones se han originado en las actuaciones ambiguas de quienes están al frente de las altas casas de estudios, y al mismo tiempo comprometidos con ideologías que no les son compatibles. Los responsables de estas incoherencias pueden, sin duda, recordar el adagio que nos enseña que, nuestros actos nos siguen irremisiblemente:

"Quien siembra vientos, recoge tempestades...".

LA DIRECCION